



*Estudios de historia y  
de filosofía de las ciencias*  
Georges Canguilhem  
Buenos Aires, Amorrortu Editores, 2009

Mayormente conocido por ser una fuerte influencia en la obra de Michel Foucault, así como el epígono más encumbrado de la filosofía bachelardiana de la ciencia, el pensamiento de Georges Canguilhem se ve en la posibilidad de tomar nuevos bríos con esta traducción de sus *Etudes d'histoire et de philosophie des sciences* de 1968.

En español se contaba ya con la traducción de *Lo normal y lo patológico*, *La formación del concepto de reflejo en los siglos XVII y XVIII*, *Ideología y racionalidad en la historia de las ciencias de la vida: nuevos estudios de historia y filosofía de las ciencias* y *Escritos sobre la medicina*.

Este texto se sitúa, cronológicamente, entre *La formación del concepto de reflejo e Ideología y racionalidad en la historia de las ciencias de la vida*. En esta posición continúa, en un movimiento de doble propósito, la profundización y expansión de algunos temas que se pueden encontrar desde la reedición de la tesis doctoral, y que es sin duda el libro más famoso del autor: *Lo normal y lo patológico*. Se pueden encontrar, por ejemplo, cuatro textos concernientes a Claude Bernard que siguen, directamente, su concepción de la medicina experimental, así como su contraposición frente a Comte y su relación con Bichat.

La totalidad del texto está conformada por veintiocho artículos agrupados en tres bloques, más una introducción general.

Las tres partes, a su vez, están subdivididas. La primera, llamada “Conmemoraciones”, es la más breve, pues contiene sólo tres ensayos breves que, de modo curioso, tocan puntos cronológicamente consecutivos: el mundo de Copérnico, la obra de Galileo y la filosofía de Fontenelle. La segunda parte trae a conjunto sus interpretaciones de científicos y filósofos; no es fortuito, cabe decir, que todos tengan algo de ambos, así como el mismo Canguilhem, quien sostuvo estudios en medicina, además de historia y de filosofía. Augusto Comte, Charles Darwin, Claude Bernard y Gaston Bachelard son las figuras a las que dedica sus comentarios. Finalmente, bajo el título de “Investigaciones”, se da la última parte del texto; estas investigaciones están dedicadas a cuestiones particulares relacionadas con la biología, la psicología y la medicina en general. En esta última sección se encuentra también un artículo que continúa la línea general de los planteamientos del libro *La connaissance de la vie*, que lleva por título “El concepto y la vida”.

A través de todas las secciones se puede percibir el desarrollo atento y diligente de lo que Dominique Lecourt llamó una “historia epistemológica”. Este recorrido es irreductible, no conoce los atajos, pues hacer la historia epistemológica de un tema particular es seguir la genealogía de sus problemáticas, los préstamos conceptuales o metodológicos, los desvíos, las renunciaciones, las revoluciones, las tradiciones, etcétera. No se podrá encontrar muy a menudo la reflexión escindida de una problemática histórica específica, de manera recíproca, no habrá alguna descripción histórica en la que no se ponga en práctica alguna pauta filosófica. Historia, historiografía y filosofía son el conjunto necesario y recusante de los textos de Georges Canguilhem.

Sin embargo, si lo que el lector busca son las pautas más generales, lo más filosófico —se podría decir— que tiene el autor por ofrecernos, lo habremos de encontrar particularmente en la “Introducción”. En ésta, Canguilhem plantea la necesidad de in-

dagar sobre las preguntas que interrogan sobre el *quién*, el *porqué* y el *cómo* de la historia de las ciencias. No obstante, el autor hace notar que hay una pregunta más fundamental y que se da siempre por supuesta: el *qué*.

Quienes hacen la historia de la ciencia forjan una pregunta que contiene otra cuestión: el *dónde*. Ya sea en los institutos de Historia, o en las instituciones científicas mismas, o en los centros de estudio filosófico, es más fundamental preguntar por el *porqué*, pues a través de sus intenciones se va más al fondo de la cuestión. Canguilhem prepara, de este modo, el camino para responder cuál es el objeto de la historia de la ciencia. Así, se puede hacer la historia de una disciplina científica, ya sea por el interés académico (dirimir la prioridad de un hallazgo, fijar las conmemoraciones), por la preocupación de justificación (mostrar que un nuevo resultado, difícil de asimilar, ya había sido pensado antes), o bien, por llevar a cabo un ejercicio epistemológico.

Una teoría del conocimiento sin epistemología es vacía, una epistemología sin historia de la ciencia es doblemente vacua. Recordando la figura de la historia de la ciencia como el laboratorio de la epistemología, o como el microscopio del desarrollo científico, Canguilhem toma distancia de esta actitud que critica de positivista, proponiendo el modelo de la escuela y del tribunal, en la cual la epistemología sería jueza y maestra que dividiría de los saberes perimidos los que aún se encuentran en actividad efectiva. Se entiende mal si se toma a la epistemología como a una figura de inquisición, o como un verdugo. “En esta materia —nos recuerda el autor— un juicio no es ni una purga ni una ejecución” (Canguilhem, 2009: 16).

¿Cómo se hace, pues, esa historia que juzga para comprender y no para erradicar los males de la ciencia? Es ésta, sin duda, una de las preocupaciones que se ven ejercitadas, más que resueltas, en el recorrido de los artículos que componen el volumen.

Como respuesta se señala que este *cómo* es en realidad la pregunta fundamental del *qué*. Haciendo referencia a un debate que ocupó a los filósofos de la ciencia desde mediados de los años sesenta, pero cuyo punto álgido se desarrolla en los años ochenta, Canguilhem se cuestiona sobre la disyunción internalismo *versus* externalismo. Ni una ni otra satisfacen la perspectiva del autor, pues ambas conciben al objeto de la historia de las ciencias como el objeto de una ciencia, y habría que mantener claro que “El objeto de la historia de las ciencias no tiene nada en común con el objeto de la ciencia” (Canguilhem, 2009: 19). La historia de la ciencia es de un orden diferente al estudio de la constitución del objeto científico, es secundario, aunque no deriva de él, es de un orden distinto.

Un objeto científico es un haz, un conjunto complejo e intrincado de procesos que no sólo se dan al interior de un discurso científico, sino también fuera de sus linderos, pero que sólo tiene sentido como historia de lo científico en tanto se relaciona con una teoría que tiene por cumplido la búsqueda de la verdad. Esta verdad sólo se ve emerger en un estado de inacabamiento, de un proceso en construcción, cuyos últimos avances sólo son dados al historiador gracias al conocimiento del estado actual de la ciencia que intenta historizar.

El efecto práctico que menciona Canguilhem en su introducción —uno entre otros—, que se puede obtener de poner en práctica la concepción de historia de la ciencia desarrollada por él mismo, es la de la detección sistemática del “virus del precursor”. Sólo la indagación histórica precisa puede poner a un pensador en el mismo camino que otro, sólo ella puede constatar que se trata del mismo camino.

Sería irónico que esta última lección de historia epistemológica no fuera seguida por los propios lectores de Canguilhem, y que su obra fuera vista sólo en el tono del precursor de Foucault, o del sucesor de Bachelard, sin llegar nunca a ser apreciada en su pro-

pio esfuerzo, bajo sus propias metas; sería, sin duda, una desgracia que no se contemplara la relevancia para el pensamiento filosófico actual de un pensador, para quien “Hacer, en el sentido más operativo del término, historia de las ciencias es una de las funciones, no la más sencilla de la epistemología filosófica”.

PEDRO ARRIAGA